

Diferencias cuestionables: mexicanos y anglos en Baja California en 1848

José F. Aranda Jr.

En este trabajo me ocupo de un evento poco conocido: el traslado de unos refugiados mexicanos desde Baja California hasta Monterey, California, entre quienes viajaban María Amparo Ruiz de Burton y su familia inmediata. Además de tratar este suceso y su relación con la guerra México-norteamericana, ensayaré una serie de propuestas que pudieran establecer puentes entre el Proyecto Recovery* y los esfuerzos actuales de los historiadores chicanos por entender los discursos racistas y nacionalistas que dieron un marco a la guerra y al Tratado de Guadalupe-Hidalgo.

Dicho en pocas palabras, lo que resulta intrigante del episodio tiene dos aspectos: primero, la ocupación militar norteamericana en Baja California convenció a su gobierno para que a los ciudadanos mexicanos de aquella localidad que habían colaborado en la pacificación de la región

se les resarciera con una compensación monetaria y con la ciudadanía norteamericana. Segundo, prominentes bajacalifornianos dejaron testimonio de haberse sentido traicionados cuando el Tratado de Guadalupe-Hidalgo no incluyó la anexión de Baja California a la Unión Americana y exigieron alguna forma de reparación en pago a su lealtad.

Con este episodio, patentizo la necesidad de un modelo de andamiaje historiográfico que busque un entendimiento más profundo de los discursos coloniales más relevantes y en circulación en la América del Norte decimonónica. Un examen más atento de esos refugiados de Baja California desarraigaría los supuestos de una hegemonía política, cultural y militar en la Norteamérica del siglo XIX. De la misma manera, un modelo historiográfico del uso del poder contextualizaría y diferenciaría por qué ciertas personas de ascendencia mexicana optaron por alinearse con los angloamericanos, mientras que otras no. Dentro de este modelo revisado resultaría igualmente importante entender de nueva cuenta aquellos momentos en los cuales los angloamericanos mostraron lo mismo una ambivalencia frente al Destino Manifiesto cuanto una admiración por la colonización que encontraron en ambas Californias, en la Baja y en la Alta. En las dos regiones, los angloamericanos mostraron deseos de claudicar sus lealtades nacionalistas no obstante ser aquel un momento político en que se

* Nacido en 1990, el propósito específico del proyecto de recuperación de la herencia literaria hispana ha sido localizar, preservar y publicar las fuentes literarias de los escritores hispanos desde el periodo colonial hasta 1960. El proyecto entiende "literaria" de forma muy amplia para incluir historias, diarios, memorias, prosa, poesía, ficción y periódicos. En los últimos diez años el Proyecto Recovery ha provisto a los estudiosos con un enorme acervo de materiales con los cuales es ya posible indagar la presencia, experiencias y adquirir múltiples conocimientos históricos de la gente de ascendencia hispánica en Norteamérica desde el siglo XVI.

concebía posible la construcción de unos Estados Unidos de alcance continental.

De este incidente con los refugiados, voy a recordar aquí la primera mención que de él hicieron Rosaura Sánchez y Beatriz Pita en su introducción a *The Squatter and the Don*. Me interesó como algo curioso, si no es que paradójico: hete aquí, nacionales mexicanos en demanda de categoría de refugiados para poder dejar su propio país, ¿por qué? Se entendería si hubiera sido al revés y tuviéramos a nacionales mexicanos dejando el territorio que les fuera conquistado para refugiarse en Baja California; Baja California permaneció mexicana en 1848. Por qué entonces querían huir al territorio conquistado. Algo andaba mal con el hecho histórico o con mi comprensión de esta historia. Menos podía sospechar que conforme profundizara en ella y en la cultura que produjo a una escritora como María Amparo Ruiz de Burton, más desconcertantes aún resultarían tales cuestiones.

Aunque siento un interés general y a veces personal en la historia chicano/a, en realidad trato lo sucedido en torno a este acontecimiento más bien como un historiador de la literatura que anhela escribir la biografía de Ruiz de Burton. Así que si indagué en torno a este incidente en particular fue debido a mi interés por comprender a la susodicha Ruiz de Burton, una escritora con una gran inteligencia pero también una monarquista que lamentó la ejecución de Maximiliano; una californiana que se las arregló para que la Suprema Corte de los Estados Unidos no escuchara una apelación de quienes habían invadido sus tierras; más aún, también una inversionista que incluía en su lista de asociados prominentes al licenciado Samuel L. Barlow, que amasó una fortuna resolviendo casos de tierras después de la guerra de México con Estados Unidos, y por último, una mujer que se enamoró y se casó con un oficial West Point, aunque emparentado en Nueva Inglaterra con, entre otras gentes, George Bancroft, el historiador y alguna vez secretario de la Marina en los inicios de la guerra México-norteamericana. Y por comprenderla mejor como escritora sentí la necesidad de conocer el momento en que su vida fue, para siempre, irremisiblemente transformada. Finalmente, por los muchos predica-

mentos en los que se vio inmersa por causa de la guerra y de su desenlace, quise conocer mejor la sociedad y la cultura con las que se identificó. El incidente del refugio es tan sólo un eslabón en la larga cadena de acontecimientos de su vida.

De acuerdo con el historiador Doyce B. Nunis Jr., cuando el 7 de diciembre de 1847 el presidente James K. Polk aseguraba al congreso que tanto la Alta como la Baja California se encontraban bajo el firme control de Estados Unidos, estaba del todo equivocado por lo que se refiere a esta última. Mientras que ambas California se habían rendido pronto al poder militar de Estados Unidos, en Baja California, a lo largo de 1847, los embates guerrilleros de las fuerzas mexicanas habían terminado con la cordial ocupación que había sido negociada con los esfuerzos de las élites bajacalifornianas de La Paz y de San José del Cabo y los de los oficiales militares angloamericanos.¹ Pero al presidente Polk poco podía preocuparle estar equivocado en este asunto puesto que a Baja California jamás la imaginó siquiera formando parte de Estados Unidos. Sus afirmaciones públicas en contrario eran simplemente parte de una estrategia retórica argüida para prepararles el terreno a las negociaciones territoriales con el gobierno mexicano. Desafortunadamente, los militares del presidente Polk y algunos de los miembros del gabinete tomaron como plan de acción el que Baja California pasaría a formar parte del suelo americano.²

Esta falta de entendimiento o confusión, como dice Doyce, puso a los invasores angloamericanos y a la facción pro-americana en Baja California en un predicamento serio al final de la guerra. No sólo algunos de los americanos se habían enamorado del país —como William R. Ryan, quien aseguraba que La Paz ofrecía un mejor ambiente cultural y una mayor elegancia que Monterey—,³ algunos otros, como Henry S. Burton, teniente coronel de los voluntarios de Nueva York, habían literalmente quedado atrapados, en su caso por la quinceañera María Amparo Ruiz, vecina de La Paz. Además, oficiales prominentes como el gobernador Francisco Palacio Miranda e individuos como el padre Ignacio Ramírez y Arollona de La Paz se habían hasta saltado las trancas para dar la bienvenida a los americanos y apoyar

públicamente la anexión de Baja California a Estados Unidos.

Cuando los pormenores del Tratado de Guadalupe Hidalgo llegaron a La Paz, la reacción fue vehemente. Los angloamericanos y sus amigos bajacalifornianos se sintieron traicionados porque Estados Unidos no había procurado la anexión de Baja California. Henry Burton se hacía voz de muchos de sus iguales cuando el 27 de junio de 1848 escribía al gobernador Richard B. Mason en Monterey, y le planteaba que algo tendría que hacerse para proteger a los ciudadanos identificados con la causa norteamericana.⁴ Por su parte, los bajacalifornianos fueron con sus aflicciones al comodoro Thomas ap. Catesby Jones. Y no obstante haber encontrado en el comodoro Jones a un escucha indulgente, decidieron que el momento exigía acciones terminantes. El 5 de julio de 1848, desafiantes, establecieron una junta con el propósito expreso de consolidar la anexión ya fuera con Estados Unidos o con Gran Bretaña. Y aunque resueltos en sus propósitos, lo que querían es que el comodoro Jones se percatara del peligro en que vivían a la espera de una probable represalia de México. Lo lograron.

Temeroso por su seguridad, el comodoro Jones intervino y convenció al secretario de Marina John Y. Mason de la necesidad de otorgarles asilo político a los bajacalifornianos en peligro de una represalia de líderes de la guerrilla tales como Manuel Pineda o el cura Gabriel González.⁵ Al final, más de 350 refugiados fueron trasladados a Monterey, California, y fueron alimentados y alojados a expensas del ejército. Cuando comenzó su arribo, el gobernador Richard B. Mason emitió la orden siguiente: "La justicia tanto como la humanidad exigen que sean puestos a cubierto, alimentados, y atendidas sus enfermedades a expensas del público hasta que sean capaces de establecerse y proveer por ellos mismos."⁶ Además, el comodoro Jones, como compensación por daños de guerra, autorizó un pago hasta por \$ 37,698 dólares. Pese a su propia frustración, los oficiales y funcionarios angloamericanos habían hecho lo que había estado en sus manos por ayudar a sus amigos de tiempos de guerra.

¿Cómo entender el momento histórico? Tradicionalmente, el punto de vista *anglo* ha sido

que ciudadanos mexicanos como los refugiados de Baja California fueron escasos y estuvieron dispersos. Que la inmensa mayoría de la ciudadanía mexicana se mantuvo renuente a reconocer los dones superiores que la civilización de Estados Unidos le ofrecían al continente. Que como sus semejantes en Alta California, aquéllos habían ido asimilando las ventajas de los ideales de libertad y propiedad adoptados por Estados Unidos; habían hecho suya la fe en el sistema democrático de pesos y contrapesos. En contraste, por lo general, la mayoría de los mexicanos había mostrado singularidades que los hacía inadecuados para la colonización.⁷ En suma, que por estar los refugiados conscientes de las deficiencias de México, prácticos, habían preferido reconocer como inevitable la hegemonía de Estados Unidos.

Para explicar el cambio de lealtades de los refugiados, una interpretación afín se apoya en consideraciones etnocentristas respecto de los californianos, ajustada a los estereotipos con que se tildaba a los mexicanos en general.⁸ En el siglo XIX lo común era que los angloamericanos pensarán en los mexicanos como seres perezosos, iletrados, amantes sin tasa de músicas y bailes, dados al alcohol y malhumorados, manirroto con dinero y recursos, indignos, administradores incompetentes, ladrones, y en suma inapropiados para ser ciudadanos. De sustento racista, este punto de vista vio a los bajacalifornianos, lo mismo que a sus semejantes en Alta California, como a calculadores oportunistas a quienes tenían sin cuidado las diarias responsabilidades del gobierno de una nación; que habían dado la bienvenida a la invasión norteamericana porque tenían pocos o ningunos tamaños para hacer realidad el potencial de la región. En suma, que los bajacalifornianos habían preferido importar una colonización exitosa antes que tener que trabajar ellos mismos en la reforma de las estructuras subyacentes de su gobierno, de su sociedad y de su cultura.

Sorprendentemente, a pesar de las críticas que desde los años setenta han llevado a cabo historiadores chicanos/as y no chicanos/as, en los análisis históricos persiste la disyuntiva: o estos californianos fueron casos únicos en el reconocimiento de los beneficios del Destino Manifiesto

o es que se trataba de diletantes cuando de gobernar se trataba. Por ejemplo John S. D. Eisenhower escribe:

En su conjunto, los californianos mostraban la tendencia mexicana a ser de sangre ligera, divertidos y extraordinariamente hospitalarios. Se decía que, además del trasnochador, los hombres de California amaban a su caballo por sobre todas las cosas, y, ciertamente eran jinetes incomparables. Pero a pesar de su individualismo el californiano no era un ciudadano participativo. En tanto sus propios derechos y religión no resultaran alterados, no estaba mayormente interesado por quién lo gobernara.⁹

Aunque, en efecto, Eisenhower hace un uso cierto de la tesis de David Weber en su *The Mexican Frontier*¹⁰ —al negar que la geografía, la demografía o los intereses económicos hubieran desempeñado un papel relevante en determinar que los ciudadanos mexicanos hayan visto, o no, en el ejército americano a un amigo— lo hace únicamente para destacar la influencia creciente de los colonos angloamericanos entre los californianos de vieja cepa. En otras palabras, las observaciones de Eisenhower imposibilitan cualquier consideración sobre la influencia de los californianos en americanos como Thomas O. Larkin y John A. Sutter, o la posibilidad de que los californianos de Alta y Baja California hubieran venido desarrollando una colonización que de hecho llamara la atención americana.¹¹

En cuanto a los californianos, neomexicanos, y otros que dieron la bienvenida a la invasión americana, Alex M. Saragoza, en un ensayo de revisión de 1987, recapitula acertadamente la situación de los historiadores chicanos. En los momentos más intensos del movimiento chicano, cualquiera se hubiera visto en problemas para encontrar un historiador chicano que trabajara en desenmarañar las paradojas y contradicciones del californiano. El contexto cultural del movimiento chicano: la Guerra de Vietnam, y la lucha en todos los frentes por los derechos civiles requerían una definición discursiva estricta entre oprimidos y opresores. De acuerdo con Sara-

goza, esa perspectiva del “ellos contra nosotros” en las relaciones chicano-angloamericanas, concentró mucha de la motivación ideológica detrás de libros como el de Rudolfo F. Acuña, *Occupied America*.¹² Este modelo ideológico por enmarcar la historiografía chicano/a permaneció hasta los últimos años de la década de los setenta. Pero para 1978, historiadores chicanos como Richard Griswold del Castillo, Albert Camarillo, Mario T. Garcia, Juan Gómez-Quíñonez y muchos más, estaban produciendo detalladas historias del trabajo que seguían los pasos de los análisis económicos de David Weber en la frontera mexicana previa a 1846. Mientras el racismo y el atropello a los derechos civiles continuaron proveyendo la infraestructura para esas nuevas historias, el propósito era ahora documentar y teorizar las “diferencias que determinaron la experiencia histórica de los chicanos”.¹³

El cambio de énfasis entre los historiadores del trabajo chicanos/as tuvo el efecto de validar el material cultural que había sido encontrado en los acervos históricos, sin importar cuán desvinculado estuviera con el espíritu del movimiento chicano. Cuando se llegó al siglo XIX, la demanda por narraciones de resistencia y conflicto dejaron atrás las narraciones de los problemas racistas y de los conflictos económicos. Aun análisis de clases de las comunidades mexicanas anteriores a 1846 revelaron una rígida estructura feudal que separaba a las élites —gente de razón— de las clases bajas, mestizos y naturales. Todavía más intrigantes, como ha mostrado David Weber, fueron aquellas comunidades mexicanas que testimonian una creciente afinidad con el capitalismo de estilo *anglo* mucho antes de 1846.¹⁴ Así, por extensión, podemos ver que los refugiados de Baja California formaban parte de un proceso cultural más largo que afectó a todos los territorios del norte de México, especialmente a sus élites.¹⁵

Si fue así como los historiadores chicanos dieron sentido a las diferencias históricas que afectaron la experiencia mexicana en la frontera norte, quisiera ahora invertir las cosas y cuestionar qué tan cohesivo y hegemónico fue el nacionalismo angloamericano durante la expansión hacia el oeste al amparo del Destino Manifiesto.¹⁶ Para

principiantes, voy a argumentar que ha habido una vieja costumbre de meter en un mismo saco expatriados americanos con viajeros americanos, como Richard Henry Dana, autor de *Two Years Before the Mast*,¹⁷ o exploradores comisionados por el gobierno de Estados Unidos, como Zebulon Montgomery Pike o John Charles Frémont, y residentes de pocos años como Walter Colton, autor de *Three Years in California*.¹⁸ Incluidos en esta vanguardia hacia el occidente han estado residentes angloamericanos de tiempo atrás como Thomas O. Larkin de Monterey, California, o Stephen F. Austin Jr. de Texas, quienes, no cabe duda, participaron al hacer sus propias guerras contra la república de México. Sin embargo, los testimonios históricos muestran asimismo el intenso grado al que hombres como Larkin y Austin se habían asimilado a la sociedad hispanomexicana. En otras palabras, qué hubiera sucedido con Texas en 1836 sin el liderazgo político de inmigrantes menos recientes como fue Sam Houston o del patrocinio de gente como David Crockett, más proclives ambos a compartir uno con otro una política jacksoniana a diferencia de Austin, quien frecuentemente fue criticado por otros anglotexanos de que le gustaban demasiado los mexicanos.

Existen, por otra parte, estudios recientes acerca de participantes angloamericanos en la guerra México-norteamericana que muestran la existencia de nacionalismos alternativos en acción entre los oficiales y los soldados en torno a la legitimidad moral de la guerra. Contrario a la consideración historiográfica de los oficiales del ejército de Estados Unidos como expansionistas personalmente interesados, Samuel J Watson argumenta que:

...[durante un periodo de expansión territorial entre 1815 y 1846] los oficiales terminaron por servir al estado-nación no en tanto que agentes individuales libres [...] como Andrew Jackson, ni como esforzados oficiales y diplomáticos *ad hoc* como Winfield Scott [...] sino que, en última instancia, como agentes militares, políticamente responsables de un imperio del cual, en lo personal, muchos de ellos (como Zachary Taylor,

comandante de la armada de ocupación en Texas) estuvieron renuentes a ver absorberse en los Estados Unidos.¹⁹

En general, una cultura de profesionalismo llegó a ser lo regular en la conducta y el decoro oficial después de 1815. De acuerdo con Watson, los oficiales de profesión se veían a ellos mismos como "instrumento responsable de la política de seguridad extranjera y nacional de Estados Unidos."²⁰ Su identificación con la política externa creó una vía de movilidad social dirigida a su inclusión en los círculos de la élite. Escribe Watson: "Igual que otros americanos de la élite nacional y aspirantes a dicha categoría, los oficiales buscaron autoridad y prestigio identificándose con los valores del Viejo Mundo y de sus élites, incluidos los oficiales militares europeos."²¹ Para la época de la guerra México-norteamericana, los cuerpos oficiales militares habían desarrollado una "neutralidad del profesional", escribe Watson.²² Los oficiales dieron la bienvenida a la guerra México-norteamericana por un sentido del deber y del honor, pero más allá de eso, no sintieron entusiasmo ninguno ante los propósitos expansionistas específicos de la guerra.²³

En contraste con el ámbito restringido de estos oficiales aspirantes a la élite, Michael Hogan reexamina al polémico batallón mexicano conocido como el Batallón de San Patricio y encuentra que su participación en la guerra revela muchas grietas entonces comunes y corrientes en la identidad nacional americana. Y aunque en aquel entonces muchos creyeron que el Batallón estaba compuesto mayoritariamente por desertores irlandeses de Estados Unidos, en verdad lo fueron sólo menos de la mitad del total. Escribe Hogan:

...la ausencia de un sentido de identidad nacional resultó crítica para el tema de las desertiones del ejército americano (que fueron mayores en la guerra mexicana que en ninguna otra en la historia de Estados Unidos). Americano, era un concepto que no había tomado concreción para la mayoría de los habitantes de los Estados Unidos. Había entonces un muy escaso sentimiento efectivo de unidad nacional, de cohesión. Las

lealtades tendían a ser personales, locales o en el mejor de los casos regionales.²⁴

De acuerdo con Hogan, menos del uno por ciento de esos desertores fueron aprehendidos o perseguidos, por ser más bien la xenofobia y el discurso de la superioridad racial de los blancos los que mantenían a la mayoría de los soldados enfocados en acabar con el ejército mexicano.²⁵ Irónicamente, ganar la guerra otorgó a Estados Unidos la identidad nacional que tan desesperadamente había necesitado para sostener el conflicto cuando éste dio comienzo.²⁶

Así las cosas, lo que emerge del tratamiento que Watson y Hogan dan a la guerra México-norteamericana es un más penetrante entendimiento de la mentalidad colonialista que promovió la confrontación militar en nombre de Estados Unidos.²⁷ Cuando se aplican estos análisis al incidente de los refugiados en Baja California, se explica por qué los oficiales angloamericanos intimaron con la élite letrada y aristocrática de la región. Se explica en parte por qué Henry Burton, por ejemplo, se enamoró de María Amparo Ruiz. Ella descendía de una familia de militares de origen aristocrático. En términos culturales, los análisis sobre los nacionalismos alternativos de Watson y Hogan iluminan también por qué los veteranos de guerra *anglo* inmortalizaron a Ruiz de Burton como personaje misericordioso de los campos de batalla en una balada popular llamada "La doncella de Monterey".²⁸ Diversamente a lo sucedido con la mayoría de los enfrentamientos militares en otras partes de México, las batallas en Alta y Baja California fueron menos brutales, costaron menos vidas, destruyeron menos propiedades, e involucraron, en ambos bandos, a un mucho menor porcentaje de miembros de las clases bajas. Tales diferencias propiciaron una cordialidad que fue nutrida lo mismo por los angloamericanos que por los bajacalifornianos.

Una vez utilizada la perspectiva de la mentalidad colonizadora del agresor, concluyo volviendo al incidente de los refugiados.²⁹ ¿Como podría el Proyecto Recovery iluminar diferentemente la lectura histórica de este incidente de los refugiados? Daría comienzo, como sugerí, calificando al comportamiento de esos bajacalifornianos,

no como aislado y aberrante, sino como parte de una deliberada, bien pensada y sofisticada filosofía política que tuvo su origen cuando estableció el sistema de misiones a todo lo ancho de las Californias a finales del siglo XVIII. En la lectura de las memorias del californiano Guadalupe Vallejo o las novelas de la bajacaliforniana Ruiz de Burton, lo que uno encuentra impactante es el grado alcanzado de familiarización con la historia, con políticas panamericanas, y con las filosofías económicas en uso.³⁰ Por todo lo cual, los credos políticos de estos californianos, como pueden ser leídos en sus escritos privados y públicos, constituyen otra variedad de opiniones acerca de la historia y el futuro de la colonización en California.³¹ Los testimonios escritos por estos individuos son, en cierto sentido, la única manera de apreciar la valía y las capacidades de un grupo de gente que se puso de parte de los americanos en tanto que iguales suyos, por las mejores de las razones, sólo para verse después desengañados, privados de sus derechos civiles y degradados socialmente por prejuicios raciales. Entender su papel en la transformación de la California mexicana es sólo un aspecto de lo que el Proyecto Recovery tiene para ofrecer a los historiadores chicanos/as. La otra oferta no menos importante es la oportunidad que con estos textos se provee para el desarrollo de historias de género, sexualidad y estructuraciones racistas antes, durante y después de la guerra.

Finalmente, sostengo que hasta el resultado de la guerra México-norteamericana —y argüiblemente hasta las guerras Civil y la de España con Estados Unidos— estaba lejos de ser definitivo el que sólo la colonización angloamericana habría de dominar Norteamérica. Claramente, los californianos de Alta y Baja California se veían a sí mismos por igual como colonizadores, y contaban con las instituciones para demostrarlo. Por contraste, los angloamericanos que se aventuraron al oeste de 1800 en adelante, por lo general terminaron aculturándose e identificándose con la forma de vida nativa. A todo lo largo de las antiguas tierras españolas de frontera, los contactos comerciales con México decidieron a muchos angloamericanos a adoptar costumbres españolas, la lengua, la indumentaria y

la religión católica. Es posible concluir de estas observaciones que el discurrir de la colonización en el siglo XIX es mucho más vago y contradictorio de lo que se ha supuesto, proyectos dados a conocer por los gobiernos mexicanos y angloamericanos lo mismo que por los ciudadanos, pero de consecuencias distintas debido a las diferentes historias coloniales en Norteamérica. De ser así, lo que vemos en los refugiados de Baja Cali-

Notas

¹ Las guerrillas mexicanas estuvieron comandadas por don Manuel Pineda, un capitán del ejército mexicano, Pedro Gabriel González, un fraile dominicano y presidente de las misiones en Baja California, y Mauricio Castro, jefe político de Baja California durante la guerra. Estas fuerzas guerrilleras estuvieron principalmente compuestas por bajacalifornianos de las clases más bajas e indios americanos simpatizantes. Si bien la invasión americana fue el propósito principal de la resistencia, los líderes guerrilleros también buscaron castigar a individuos que como el gobernador Francisco Palacio Miranda habían ayudado y encubierto a los ocupantes angloamericanos. Véase Doyce B. Nunis Jr. (introducción y edición), *The Mexican War in Baja California: The Memorandum of Captain Henry H. Halleck, Concerning His Expedition in Lower California, 1846-1848*, Los Angeles, Dawson's Book Shop, 1977.

² Así, desde el secretario de Marina, George Bancroft, quien el 12 de julio de 1846 dio la única orden oficial de invadir las Californias, hasta el secretario de Guerra William L. Marcy, quien ordenó al general Stephen W. Kearny finalizar las discusiones en torno a una ocupación americana de Baja California, todo el mundo asumió que ambas Californias habrían de ser anexionadas a Estados Unidos.

³ Doyce B. Nunis Jr., *op. cit.*, p. 50.

⁴ Burton escribió: "Solicito instrucciones [...] respecto de aquellos habitantes de Baja California que se levantaron en armas en favor nuestro, durante los recientes disturbios en el país, confiados en las promesas de que la Baja California no volvería a manos de la república mexicana [...] Tales promesas se recibieron de buena fe; y entre la mejor clase de la población del país se manifestó un enorme contento ante el prospecto de recibir en Baja California, un gobierno justo y permanente [...] Como nada se dice en este tratado de paz respecto de la situación de tales personas de la Baja California, se las ha abandonado a merced de México; y muchos han apelado vehementemente a los funcionarios de los Estados Unidos en el país pidiendo protección, asegurando que de permanecer en el país después de la salida de las tropas americanas, sus propiedades serán confiscadas, sus vi-

das y las de sus familiares peligrarán y suplican que se les proporcionen medios para el traslado de sus familias y bienes hacia California, Oregon o algún otro lugar en los Estados Unidos que eligieran como su futura residencia." Doyce B. Nunis, *op. cit.*, p. 70.

⁵ *Ibid.*, p. 70.

⁶ *Ibid.*, pp. 149-150.

⁷ Cecil Robinson explica que si por un lado existían detractores de la guerra México-norteamericana, como Henry David Thoreau, la conexión de la guerra con la expansión hacia occidente obligó a muchos a creer que los mexicanos no eran aptos para gobernar a nadie, menos aún a ellos mismos. Robinson destaca como ejemplo el temprano entusiasmo de Walt Whitman: "¿Qué tiene el miserable, ineficiente México con sus supersticiones, su caricatura de libertad, su tiranía de hecho de unos pocos por sobre la mayoría —qué tiene que ver con la enorme misión de poblar el Nuevo Mundo con una raza noble? ¡Sea un logro nuestro tamaño misión! ¡Sea nuestro el derrumbar los restos del viejo despotismo que obstaculicen nuestro camino!" Véase Cecil Robinson, *Mexico and the Hispanic Southwest in American Literature*, Tucson, The University of Arizona Press, 1977, p. 26.

⁸ Para más de estos estereotipos productos de la leyenda negra, véase a Nicolás Kanellos, *Thirty Million Strong: Reclaiming the Hispanic Image in American Culture*, Golden, Colorado, Fulcrum Publishing, 1988. También, David J. Weber, "The Spanish Legacy and the Historical Imagination", *The Spanish Frontier in North America*, New Haven, Yale University Press, 1992, pp. 335-360.

⁹ John S. D. Eisenhower, *So Far From God: The U.S. War With Mexico, 1846-1848*, New York, Random House, 1989, p. 202.

¹⁰ David J. Weber, *The Mexican Frontier, 1821-1846: The American Southwest Under Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982.

¹¹ Si bien menos parcial que Eisenhower, un trabajo anterior de la guerra México-norteamericana en California de Neal Harlow se sustenta en la visión tradicional de que los problemas internos de México, de gobierno, de guerra civil y endeudamiento con otros países

dieron como producto una nacionalidad débil, y que por lo tanto todo facilitó una invasión. Irónicamente, ausentes en este análisis están los casos de un muy fuerte nacionalismo o chauvinismo que se encontró en la frontera norte de México, que de todos modos fue capaz de expresar su admiración por las instituciones de los Estados Unidos. También es notable la falta de cualquier consideración de las dificultades de establecer un nacionalismo en funciones en tan sólo treinta años del grito de independencia en 1810 o veinte desde la separación formal de España en 1821. Se echa también de menos cualquier cálculo para determinar cómo un país establecido se convierte en nación después de cerca de trescientos años de pertenecer a España. Desde dicha perspectiva, hacían falta todavía treinta años de conflictos. Véase Neal Harlow, *California Conquered: War and Peace on the Pacific, 1846-1850*, Berkeley, University of California Press, 1982.

¹² Rudolfo Acuña F., *Occupied America. The Chicano's Struggle Toward Liberation*, San Francisco, Canfield Press, 1972.

¹³ Alex M. Saragoza, "The Significance of Recent Chicano-related Historical Writings: An Appraisal", *Ethnic Affairs*, núm. 1, invierno de 1987, p. 28.

¹⁴ Saragoza escribe: "En pocas palabras, el intervalo entre los mexicanos y el avance hacia el occidente del capitalismo americano no fue un proceso simple ni unidimensional." Alex M. Saragoza, *op. cit.*

¹⁵ Sin embargo, aun entre estos historiadores chicanos, no hubo entonces una consideración específica por las diversas tradiciones colonizadoras que existían desde Texas hasta California. Pese a su interés por las diferencias entre las comunidades mexicanas, la colonización continuó siendo identificada fundamentalmente como una empresa americana. No hubo consideración alguna respecto a cómo la colonización fronteriza mexicana pudo de hecho haber pavimentado el camino para la expansión americana en términos efectivos, o para el caso, cómo los angloamericanos que habitaban la frontera mexicana pudieron o no tener algún efecto en el carácter general del Destino Manifiesto con base en esas experiencias, regiones, y los instrumentos culturales que terminaron por identificar con el suroeste y con el tiempo ambicionaron una nueva envoltura nación.

¹⁶ A John Louis O'Sullivan se le acredita el haber pergeñado la frase "Destino Manifiesto" para explicar la racionalidad detrás de la expansión hacia el occidente de Estados Unidos en la década de 1840. Véase Robert W. Johannsen, "The Meaning of Manifest Destiny", en *Manifest Destiny and Empire: American Antebellum Expansionism*, Sam W. Haynes and Christopher Morris (eds.), College Station, Published for the University of Texas at Arlington by Texas A&M University Press, 1977, p. 70.

¹⁷ Richard H. Dana, *Two Years Before The Mast: A Personal Narrative of Life at Sea*, New York, Harper & Brothers, 1840.

¹⁸ Walter Colton, *Three Years in California*, New York, A.S. Barnes & Co., 1854. Los escritos de estos pa-

tentes imperialistas han venido siendo citados una y otra vez desde el siglo XIX para dejar establecida la inevitable expansión angloamericana hacia el occidente.

¹⁹ Véase Samuel J. Watson, "The Uncertain Road to Manifest Destiny: Army Officers and The Course of American Territorial Expansionism", *op. cit.*, p. 70.

²⁰ *Idem.*

²¹ *Ibid.*, p. 73.

²² *Ibid.*, p. 98.

²³ Robert W. Johannsen documenta la posición más aceptada de que el patriotismo fue un aspecto notable de la guerra en ambos, combatientes y civiles. De hecho, recupera un impresionante número de textos, desde editoriales en la prensa hasta sermones, que revelan, en última instancia, un alto grado de expresiones retóricas sobre el nacionalismo. Véase "The True Spirit of Patriot Virtue", *To The Halls of Montezumas: The Mexican War in The American Imagination*, New York, Oxford University Press, 1985, pp. 45-67.

²⁴ Véase Michael Hogan, *The Irish Soldiers of Mexico*, Guadalajara, México, Fondo Editorial Universitario, 1997, p. 85.

²⁵ *Ibid.*, p. 93.

²⁶ *Ibid.*, p. 113.

²⁷ Más allá de partidismos entre los oficiales profesionales que sirvieron por su sentido del deber y los segmentos de voluntarios del ejército que representaron cuando más una débil coalición de intereses regionales en la expansión hacia el oeste, encontramos una guerra llevada a cabo menos por razones ideológicas o nacionalistas y más por un sentido generalizado de superioridad cultural y racial.

²⁸ De acuerdo con el historiador de finales del siglo XVIII, Winifred Davidson, la encantadora manera de ser de Ruiz de Burton fue la que inspiró la canción. La primera residencia de Ruiz de Burton en Alta California fue Monterey, lugar al que fue remitido Henry Burton. Los soldados que estaban a sus órdenes pudieron haber compuesto la balada. Su título también lo es de una novela de después de la guerra escrita por Ned Buntline, *The Volunteer, o la Dama de Monterey, A Tale of the Mexican War*. En realidad el Monterey de la novela es Monterey, Nuevo León, México. La balada dice así:

The moon shone but dimly
Beyond the battle plain
A gentle breeze fanned softly
O'er the features of the slain
The guns had hushed their thunder
The guns in silence lay
Then came the señorita
The Maid of Monterey

She cast a look of anguish
On the dying and the dead
And made her lap a pillow
For those who mourned and bled
Now here's to that bright beauty

Who drives death's pangs away
The meek-eyed señority
The Maid of Monterey

Although she loved her country
And prayed that it might live
Yet for the foreign soldier
She had a tear to give
And when the dying soldier
In her bright gleam did pray
He blessed this señorita
The Maid of Monterey.

She gave the thirsty water
And dressed each bleeding wound
A fervent prayer she uttered
For those whom death had doomed
And where the bugle sounded
Just at the dawn of day
They blessed this señorita
The Maid of Monterey.

Véase Frederick Bryant Oden, "The Maid of Monterey: The Life of María Amparo Ruiz de Burton, 1832-1895", tesis de maestría, San Diego, 1992, pp. 17-18. Mi gratitud eterna a Amelia María de la Luz Montes por haberme proporcionado una copia de esta tesis; ha sido de una ayuda enorme.

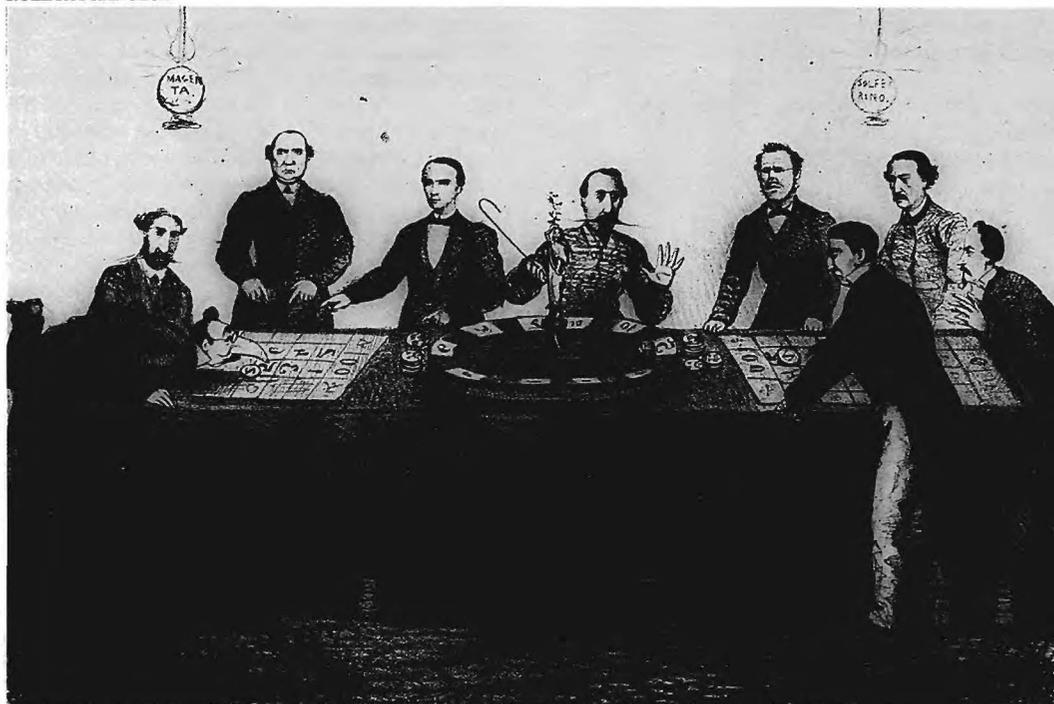
²⁹ Obviamente, en el interior de la historia chicano/a mucho ha sucedido desde la publicación de Ramón Gutiérrez, *When Jesus Came the Corn Mothers Went Away; Marriage, Sexuality and Power in New Mexico, 1500-1846*, Stanford, University of Stanford, 1991. Hay ahora numerosos estudios que indagan más de cerca en las culturas que produjo la colonización de la frontera norte de Nueva España y después de México antes de 1846, como es el de Tomás Almaguer, *Racial Fault Lines: The Historical Origins of White Supremacy in California*, 1994, el de Lisbeth Haas, *Conquests and Historical Identities in California, 1796-1936*, Berkeley, University of California Press, 1995, y el de Martha Menchaca, *The Mexican Outsiders: A Communal History of Marginalization and Discrimination in California*, Austin, University of Texas Press, 1995. Pero queda mucho por

hacer. Y ahí es donde el Proyecto Recovery podrá aportar algo más que una mera ayuda. Si el uso que Lisbeth Haas hace en sus trabajos de los testimonios californianos y las novelas de Ruiz de Burton son un indicador, los historiadores del oeste y los chicanos/as encontrarán todavía una manera más de calibrar el material cultural de esas comunidades y de las diferencias entre ellas, pero en lugar de las historias del trabajo que lo conceptúan sólo en términos de producción doméstica, agricultura o industria, el Proyecto Recovery demostrará que productos como las novelas, la poesía, los diarios, memorias y periódicos deben ser incluidos como sedimentos culturales.

³⁰ Lo mismo en sus novelas que en su vida privada, Ruiz de Burton revela una profunda comprensión de la ecología y de cómo los distintos sistemas de producción podrían afectar el medio ambiente. Se le reconoce el haber alertado a los municipios en que el futuro crecimiento de San Diego habría de estar condicionado por la disponibilidad de agua. Y aunque su propio proyecto de irrigación fracasó antes de iniciar, el sur de California sería todavía desértico si no fuera por la irrigación.

³¹ Por ejemplo, pese a las consecuencias racistas de la convención constitucional de California y los designios invasivos de los nuevos ocupantes, uno puede leer en los periódicos en español todavía en la década de 1860, como *El Nuevo Mundo*, la creencia en las posibilidades pluralistas de una sociedad americana que incluía a los mexicanos decentes. Por este contacto, quedo obligado con la investigación de Nancy Hernández en su ponencia "The Lynching Mexican American Identities". Ahí escribió, "Los escritores involucrados en *El Nuevo Mundo* fueron firmes creyentes en los ideales universales de la democracia, libertad y separación de la monarquía. Tales escritores estuvieron firmemente convencidos de que todos los pobladores de las Americas podrían tener éxito porque todos ellos deseaban una cosa —liberación de la corona. Resultó del todo lógico a los escritores de *El Nuevo Mundo* que las Americas llegarían a ser una tierra llena de habitantes que sostuvieran los mismos ideales" (Leída en la "Fourth Conference of Recovering the U.S. Hispanic Literary Heritage Project", *Interpreting and Contextualizing the Recovered Text*, University of Houston, noviembre de 1996, p. 2).

RULETA FRANCESA.



Santiago Hernández, *El Palo de Ciego*, 10 de junio de 1862.